

Rumaykiya, esclava, poetisa y reina

Personaje histórico y legendario, compañera de vida de al-Mutamid

PILAR LIROLA DELGADO

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

Como sucede con el resto de las mujeres andalusíes, las fuentes de las que extraer noticias tuyas son escasas y parcas en información. La mayoría son también tardías, e incluso las hay de dudosa fiabilidad. Con todo, tanto ella como su hija Buzayna son celebradas por su belleza y afición a la poesía. Rumaykiya es descrita como una mujer hermosa, alegre e ingeniosa. La información dispersa que tenemos de ella está aliñada con notas románticas y legendarias, que son fruto de la fantasía, a veces, y del ensañamiento y hasta de la misoginia en otras. Y con el paso del tiempo ha dado lugar a leyendas, canciones, novelas y estudios seudohistóricos, que no han podido desprenderse de tópicos sin contrastar. De hecho, de Rumaykiya se han contado diferentes anécdotas, que son unas veces recreaciones novelescas, y otras malintencionados infundios.

El nombre de Rumaykiya procede de su antiguo amo, Rumayk, de quien la compró el príncipe Muhammad en el reinado de su padre, el feroz rey al-Mutadid (g.1042-69), según cuentan el historiador valenciano Ibn al-Abbar (s. XIII) y el polígrafo granadino Ibn al-Jatib (s. XIV). Hasta que entró en la vida del príncipe había sido una esclava al servicio del citado Rumayk. El tunecino at-Tichani (s. XIII-XIV) precisa que trabajaba con los mozos de cuadra encargados de la "remonta de las bestias".

Conoció al príncipe Muhammad, cuando éste era gobernador de Silves (g. aprox. 1052-8), y desde entonces ambos fueron inseparables. Se dice que el príncipe disfrutaba de sus ocurrencias en las tertulias cortesanas.

ENTRE SILVES Y SEVILLA. Su encuentro se calcula que ocurrió hacia el año 1054, cuando Rumaykiya tenía 14 años, alguno menos que el príncipe. Y en el Algarve vivieron sus primeros momentos de amor, y allí nació, al menos, su primogénito. Los historiadores dicen que al-Mutadid se enojó al enterarse de la influencia que sobre su hijo ejercía esta esclava, pero cuando la conoció, simpatizó con ella y se enterneció con su nieto.

La pareja se trasladó a Sevilla en torno al año 1058, después de que al-Mutamid asesinara a su hijo mayor, y llamara a Muhammad para nombrarlo príncipe heredero. El astuto rey, conocedor de la influencia negativa que sobre su hijo estaba ejerciendo el poeta y visir Ibn Ammar de Silves, mayor que él, lo apartó de su lado, pero Ibn Ammar volvió a incorporarse a la corte cuando su amigo al-Mutamid, a la muerte de su padre en 1069, accedió al trono de Sevilla.

El amor que al-Mutamid sintió por Rumaykiya ha dado lugar a la romántica historia que se ha repetido hasta la saciedad de su pretendido primer encuentro a orillas del Guadalquivir. Se dice que reparó en ella un día que paseaba, acompañado de Ibn Ammar, por su soltura al completar el primer hemistiquio de un verso. Al-Mutamid había improvisado, movido por el espectáculo de la brisa que rizaba la superficie del agua:

El viento ha tejido en la superficie del agua una cota de malla.

Y el vate de Silves debía continuar el verso, pero la inspiración no le venía en aquel momento. Entonces una mujer que contemplaba la escena replicó:

¡Qué [hermosa] coraza, si se solidificara!

El príncipe quedó prendado de la bella figura. Tenemos varias versiones de esta anécdota atribuida incluso a otros poetas de la corte sevillana. Todas ellas están

EL REINO DE SEVILLA

Crónicas árabes tardías presentan a Rumaykiya como una esclava atractiva que supuestamente completó con gracia un verso del joven príncipe Muhammad Ibn Abbad (Beja, 1039 - Agmat, 1095), después convertido en el rey al-Mutamid, lo que llamó poderosamente su atención. Estuvo muy unida a él y desempeñó un importante papel en la taifa sevillana. En un tratado erótico tunecino hay unos encendidos versos suyos en respuesta a una invitación de su esposo, que le había dedicado amorosos poemas. Sobre ella se han conservado juguetonas anécdotas en obras árabes, algunas de las cuales fueron recreadas en *El Conde Lucanor*.



Palacio de Silves donde Rumaykiya vivió sus primeros momentos de amor con el príncipe Muhammad y en el que nació su primogénito.



escritas siglos después de los hechos relatados por autores del Magreb (el citado at-Tichani y al-Maqqari [s. XVI-XVII]) y de Oriente (as-Suyuti [s. XV]), que dicen haberla tomado de una obra andalusí del s. XII desaparecida de al-Hichari.

Con el paso del tiempo este relato fue aliñado con diferentes motivos. Pero en la historia primitiva de donde se parte no se dice expresamente que los hechos tuvieran lugar en el Guadalquivir, ni siquiera en Sevilla, sino simplemente en el río, a secas, por lo que la arabista M^a Jesús Rubiera llegó a pensar que podría haber ocurrido en el río de Silves. Luego se han repetido libres recreaciones de esta historia, aderezadas con motivos novelescos por estudiosos y aficionados modernos a la historia andalusí.

Recibió por parte de su esposo el apodo de *Itimad* (pilar), voz de cuyo cuerpo consonántico formó después su sobrenombre real, al-Mutamid, cuando sucedió a su padre. Y añadió la fórmula deprecativa de *al-Mutamid ala Allah* (el que se apoya en Dios). Las crónicas árabes recuerdan que tomó su nombre del de su esposa por lo enamorado que estaba de ella. Con ese y algún otro nombre le dedicó numerosos poemas de amor, y aunque en los poemas amorosos de al-Mutamid encontramos el nombre de otras mujeres, Rumaykiya fue su favorita. Hacia el final de su vida, cuando en el año 1086 se acercó al Norte de África a pedir ayuda a los almorávides frente a las acometidas cristianas, dijo de ella en unos versos de nostalgia que le dedicó: "Nadie ha ocupado en el corazón de su amante un lugar parecido al de Itimad en el de Muhammad [al-Mutamid]".

REINA Y MADRE DE PRÍNCIPES. Conocemos al menos nueve hijos varones de Rumaykiya. A los mayores su padre los nombró gobernadores de diferentes provincias del Reino de Sevilla como Córdoba, Mértola, Algeciras, Ronda o Murcia. Como única esposa legítima de al-Mutamid y madre de los príncipes, Ruamyquiya recibió el título honorífico de *al-Sayyida al-Kubra* (la gran señora).

Acompañó a su marido en su destierro en 1091 y se cree que se vio obligada a tra-

bajar como hilandera, junto a otras mujeres de la familia, para ganarse el sustento. Falleció cuatro años después, pocos meses antes que al-Mutamid. Tendría poco más de cincuenta años.

Y con al-Mutamid reposa en Agmat, donde estuvo su humilde morada en la prisión, a los pies del Atlas, unos kilómetros al sur de Marraquech. En el modesto mausoleo que el país vecino erigió en su memoria en los años sesenta del siglo pasado hay una lauda que dice: "Aquí está la tumba de Itimad, Rumaykiya, esposa de al-Mutamid que compartió su vida con él en la dicha y en la desgracia".

VENA POÉTICA. Rumaykiya desarrolló junto a su marido el gusto por la poesía, en cuyo arte dejó su impronta. Es lógico que en el ambiente en que vivió, rodeada de los mejores poetas de al-Andalus e incluso foráneos, se desplegaran sus dotes líricas. A la esplendorosa corte de Sevilla llegaron, atraídos por su actividad cultural

y la generosidad de al-Mutamid, poetas de diferentes taifas de al-Andalus y de otros puntos de la cuenca mediterránea como Ceuta, Cairuán o Sicilia que fueron visires y embajadores del rey de Sevilla.

A ella se le atribuyen unos fogosos versos relacionados con la retórica del texto coránico, dirigidos a su marido. Sus versos la muestran como una mujer apasionada e impetuosa. Estando el rey en el Aljarafe, en una de sus fincas de recreo desde la que se veía la ciudad, le hizo saber su deseo de reunirse con ella, preguntándole si quería ir adonde él estaba o prefería que él se acercara a su lado. Ella le contestó, en consonancia con la retórica del texto coránico:

Ansío que vengas a verme con un paso tan ligero que deje atrás al viento.

Para reposar sobre mi pecho y labrar mi vientre con una reja capaz de abrir los surcos del arado.

Y cuando me poseas, no me dejes antes de haber entrado en mí tres veces.

La poesía reinó en la Sevilla del siglo XI

■ El rey al-Mutamid, protector de poetas, en su destierro magrebí recibió la visita de muchos literatos que fueron a presentarle sus respetos, antes y después de su muerte. Ibn Abd al-Samad, en un larguísimo elogio fúnebre dedicado al monarca sevillano, recuerda la presencia de Rumaykiya en los círculos literarios de Sevilla, su condición de "madre de reyes" y el amor que su marido le profesó:

Tu compañera de lecho me parece admirable: ¡con qué agrado estaba a tu lado en las tertulias! Y ahora estás junto a ella en la tumba; como si ambos hubierais acudido a la misma cita.

Ella partió, y su ausencia te llevó en pos suyo: marchaste a su lado montado en tempranas parihuelas.

Os reunió Agmat en su tierra, que habéis tomado como fatal almohada.

¡Madre de reyes!, ¿no sabías que te visitaría un rey leal y enamorado?



Blas Infante en la visita que hizo a la antigua tumba de al-Mutamid en 1924.

Para entender esta metáfora, repárese en la aleya coránica (Corán, 2:223): “Vuestras mujeres son campo labrado para vosotros. ¡Venid, pues, a vuestro campo como queráis!”. (Trad. Julio Cortés).

Al-Mutamid debía valorar su capacidad expresiva, pues un amargo comentario que le hizo estando en el destierro fue incorporado por el propio rey a un dístico que improvisó para sosegarla:

Dijo: “Señor, aquí nos humillan. ¿Dónde está nuestra gloria?”

Le respondió: “Es Dios quien nos ha traído aquí”.

TRIÁNGULO AMOROSO. Es significativo que se diga que al-Mutamid conoció a Rumaykiya estando en compañía de Ibn Ammar, que sería su rival en su dramático triángulo amoroso. De hecho, se cree que Rumaykiya compitió por el amor de al-Mutamid con Ibn Ammar, amigo íntimo de al-Mutamid desde que siendo adolescente fue enviado por su padre como gobernador a Silves. A este respecto, se cuentan anécdotas, aliñadas con versos, sobre los celos entre Rumaykiya e Ibn Ammar. E incluso se le acusa de instigar a al-Mutamid a darle muerte, movida por una cruel sátira que el poeta de Silves había escrito contra ella, sus hijos y el rey, a quienes difama, injuria, ridiculiza y amenaza. Todo esto hay que situarlo en el contexto de la traición del ambicioso Ibn Ammar al rey de Sevilla, al tratar de apoderarse del Reino de Murcia, recién conquistado por al-Mutamid. Dijo, entre otras cosas:

Tú elegiste, entre todas las hijas de la vileza, a Rumaykiya que no vale la traba de una bestia.

Y todos los hijos que te ha dado son cobardes y viles, tanto por parte de padre como de madre.

El amor a Itimad habita en mis entrañas

■ Al-Mutamid demostró un gran amor a Rumaykiya en sus versos. Cuando en algún momento se le quejó de falta de atención, el príncipe protestó por su proceder en el siguiente poema:

Vino a hacerme reproches, y en mi corazón creció el desasosiego.

¿El insensato puede someter al prudente?

¡Basta, mujer! Soy un enamorado, a quien nadie puede reprochar que me consuma de amor.

El amor a Itimad habita en mis entrañas. No hay corazón que pueda cansarse de él. Nunca se acaba.

Gacela que has robado el corazón de Muhammad, ¿no te asusta el valiente león?

¿Quién puede dudar de que estoy perdidamente enamorado de ti? Mi amor por ti deja huella.

Palidezco, mis ojos no paran de llorar, y me consumo.

Tienen rostros pálidos, como paridos por el culo, por lo cual han resultado estúpidos y holgazanes.

Son cortos de talla, pero todos ellos ostentan sobre sus cabezas larguísimas cornamentas. (Trad. Ángel C. López López)

ANÉCDOTAS. La personalidad del último rey andalusí de Sevilla era tan arrolladora y su vida tuvo tales tintes novelescos y dramáticos que, desde la misma Edad Media, ha inspirado diversas recreacio-

nes literarias. La relación de la pareja entusiasmó a los narradores de historias y fue tema de conversación en las tertulias siglos después de su muerte, según refiere el polígrafo granadino Ibn al-Jatib (s. XIV). De hecho, autores magrebíes tardíos (at-Tichani y al-Maqqari) y el infante Don Juan Manuel recogen anécdotas que pretenden mostrar cómo Rumaykiya tenía un carácter antojadizo y egoísta, y que al-Mutamid estaba dispuesto a hacer lo imposible para satisfacerla. Así, en *El Conde Lucanor*, Rumaykiya aparece como objeto de amor y veneración del rey sevillano, y se la muestra caprichosa, pero también se dice que era una gran mujer y que los “moros” tenían de ella buenos ejemplos.

La anécdota de la solícita respuesta de al-Mutamid a las fantasías y caprichos de Rumaykiya, haciendo traer especias y perfumes a una fuente del palacio para que ella pudiera amasar la mezcla a placer, como si fuera barro, está documentada en las obras magrebíes tardías y tuvo eco a principios del s. XIV en *El Conde Lucanor*. En su relato titulado *De lo que contesjó al rey Abenabet de Sevilla con Ramaiquia*, su mujer nos cuenta también el pretendido antojo de la reina por ver la nieve, lo que supuestamente llevó a al-Mutamid a plantar de almendros la sierra de Córdoba, de modo que en febrero, floridos, la cubrieran con un manto blanco. Esta leyenda ha sido ampliamente divulgada, pero no la encontramos documentada en las crónicas árabes. La magia de éstas y otras historias, dando un gran salto en el tiempo, ha seguido seduciendo hasta nuestros días a aficionados a la historia de al-Andalus que han recreado otros detalles ficticios.

Hijas e hijos poetas

■ Varios hijos suyos también fueron poetas, entre ellos Buzayna que, en el tumulto de la caída de Sevilla en manos de los almorávides, fue capturada y vendida como esclava. Escribió un ingenioso poema para sincerarse con su padre. En él nombra a su madre. Esos versos que su pretendiente le llevó hasta su prisión en Agmat, con el ruego de que firmara el contrato matrimonial, dicen:
¡Escucha mis palabras y atiende a lo que te voy a contar, pues ésta es la actitud de los nobles!

Tenéis que saber que fui hecha cautiva, yo que era hija de un rey de los Banu Abbad, Un gran rey en una época ya pasada, pues el tiempo conduce siempre a la consunción. Cuando Dios quiso separarnos y hacernos probar el sabor de la tristeza, se alzó la hipocresía contra mi padre en su reino, y la separación, que nadie quería, se hizo presente.

Salí huyendo y se apoderó de mí un hombre que no fue justo en sus actos, pues me vendió como esclava a alguien que de todo me protege, excepto del infortunio. Éste quiere casarme con un hijo suyo, virtuoso, adornado de excelentes cualidades y de buena familia.

Él es quien ha ido a ti a rogarte tu consentimiento; ya ves que actuó correctamente. ¡Ojalá, padre mío, me hagas conocer si le puedo confiar mi amor, y si Rumaykiya, la real esposa y madre, implorará para nosotros la felicidad y la dicha!

IMAGEN COMO CORRUPTORA. Rumaykiya contó con la hostilidad de los alfaquíes que traicionaron a al-Mutamid y facilitaron



Tumba de Rumaykiya, al fondo, junto a la de al-Mutamid y, entre ellos, uno de sus hijos. En la localidad marroquí de Agmat.

con sus fetuas la toma de Sevilla por los almorávides. La acusaron injustificadamente de ser la causa de la decadencia moral que provocó el final del Reino de Sevilla.

Alguna fuente tardía la culpa de haber incitado al rey a la relajación y al libertinaje, propiciando su ruina y la de su reino. Se dice que la situación llegó al punto de interrumpirse la oración del viernes, y que los sevillanos informaron al emir almorávide de ello, dando lugar a que éste acabara encarcelando y deportando a al-Mutamid y a su esposa. Sin embargo, paradójicamente, una de las pocas huellas arqueológicas que nos queda de ella es una lápida conmemorativa de la erección del alminar de una mezquita en Sevilla, imagen muy diferente de la de impía, licenciosa y desvergonzada que se ha querido difundir.

La lápida, conocida como lápida de Rumaykiya, custodiada en el Museo Arqueológico de Sevilla (véase la imagen inferior), conmemora la erección en 1085 del alminar de una mezquita en Sevilla, la actual iglesia de San Juan de la Palma, que mandó levantar "la Gran Señora, madre de al-Rashid [...], hijo de al-Mutamid", es decir, Rumaykiya. ■

Más información:

- **Biblioteca de al-Andalus**, 7 vols. y 3 apéndices. Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes, Almería, 2004-17 (Obra fundamental para documentar los 2.465 autores y las 7.990 obras andalusíes que se conocen en los textos árabes y la bibliografía posterior).
- **Dozy, R.P.A.**
Historia de los musulmanes de España, Tomo IV, Los reyes de Taifas.
Ediciones Turner, Madrid, 1988.
- **Garulo, Teresa**
Diwān de las poetisas de al-Andalus.
Hiperión, Madrid, 1986.
- **Lirola Delgado, Pilar**
Al-Mu'tamid y los Abadíes: El esplendor del reino de Sevilla (s. XI).
Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes (Almería); e Instituto de la Cultura y las Artes del Ayuntamiento de Sevilla, 2011.
- **Al-Maqqari**
Nafh at-tib, ed. Ihsān 'Abbās.
8 vols. Dar al-Sadir, Beirut, 1968.
- **Al-Mu'tamid Ibn 'Abbad**
Poesías. Antología bilingüe.
Trans. M^a Jesús Rubiera Mata, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1982.
- **Al-Mu'tamid de Sevilla**
Poesía completa.
Trad. y comentario Miguel José Haggerty, Comares, Albolote, 2006.
- **Rubiera Mata, M^a Jesús**
"Algunos problemas cronológicos en la biografía de al-Mu'tamid de Sevilla: la conquista de Silves y el matrimonio con al-Rumaykiyya", en *Actas de las Jornadas de Cultura Árabe e Islámica (1978)*, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1981, pp. 231-236.